

RENOVACION

ORGANO DE LA UNION LATINO-AMERICANA

Director:
MANUEL A. SEOANE
Representante general
en Europa
HAYA - DE LA TORRE

BOLETIN MENSUAL DE IDEAS, LIBROS Y REVISTAS
DE LA AMERICA LATINA

Suscripción Anual: \$ 1.— Número suelto 10 cts.

AÑO VII - N° 80

CHARLONE 12
BUENOS AIRES

OCTUBRE

1 9 2 9

El saludo de la U. L. A.

Con motivo de la llegada del insigne escritor norteamericano Waldo Frank, el presidente de la Unión Latino Americana, doctor Alfredo L. Palacios, hizo la siguiente declaración pública, que fué contestada por Frank en la carta que también damos a conocer a nuestros lectores:

"Considerando: Que Waldo Frank en sus obras "Nuestra América" y "Redescubrimiento de América" ha formulado una crítica severa, profunda y denodada, de los ideales y métodos norteamericanos que conducen a la república de Lincoln al imperialismo capitalista y al avasallamiento de nuestros países, con la consiguiente extirpación de sus culturas;

Que en el "Redescubrimiento", especialmente, analiza con clarividencia el concepto vital de los Estados Unidos y rechaza lo que considera ser su base actual: la voluntad de poderío, preconizando sea substituída por el principio de amor, lo cual permitiría realizar una integración de ambas Américas en una unidad suprema de valoración universal y de aspiraciones idealistas que consoliden en el mundo el perfeccionamiento progresivo de la especie humana;

Que siendo tales fines concordantes con los que persigue y se propone esta institución, la Unión Latino Americana,

Resuelve:
Expresar públicamente su reconocimiento a Waldo Frank por la obra de orientación americanista y redentora que realiza, y declarar que su viaje a nuestro país puede constituir el fausto augurio de una colaboración futura entre todos los pueblos americanos que permita integrar la gran América como un poder internacional de liberación del hombre y de justicia social."

Alfredo L. Palacios,
Presidente.

Buenos Aires, 24 de septiembre de 1929. — Sr. Dr. D. Alfredo L. Palacios. — Ciudad. — Muy distinguido amigo. — Quiero agradecer a usted, y por su digno conducto a la Unión Latino Americana, las generosas palabras de bienvenida con que han decidido recibirme en mi primera visita a Sud América. Estas palabras, con toda razón, se refieren a la vez a los aspectos de destrucción y de creación que ofrece la vida de mi país. Estos dos aspectos pueden encontrarse en todos los pueblos. En verdad, ellos constituyen los rasgos comunes del mundo moderno. Y nuestra común tarea, como ciudadanos del mundo y como ciudadanos de América es — cada uno en las capacidades de su vida individual y nacional — combatir los elementos destructivos propulsando las energías creadoras, únicas que pueden transformar el caos moderno en un verdadero nuevo mundo. Porque, si en nuestro mundo americano triunfa lo negativo, es solamente en virtud de que las formas positivas de nuestros ideales aun no llegan a madurez.

Doy a ustedes las gracias por el reconocimiento de la obra constructiva que yo procuro hacer para mi país y me complazco en sentirme de acuerdo con ustedes en la obra semejante de creación que la Unión Latino Americana está operando para Hispano América.

Cordial y fraternalmente suya,
Waldo Frank.

WALDO FRANK

Waldo Frank, el brillante autor de "Nuestra América" ha dictado entre nosotros un nutrido cielo de conferencias que nos ha permitido pasar revista a sus ideas y sentimientos americanistas, tan galantemente expuestos en sus libros. El suscito repaso de su concepción espiritualista del nuevo mundo americano ha servido para replantear en el ambiente el grávido problema del porvenir del joven continente atlántico, de las rutas vírgenes de su destino.

Hemos escuchado con simpatía la palabra, casi evangélica, del joven escritor yanqui. Nos hemos sentido tocados por su discurso persuasivo, por el ritmo cordial de sus giros retóricos, por la independencia y justeza de sus conceptos. Hemos llegado a su visión mística del problema a través de una argumentación orgánica y medida, sin palabras de más y sin pasión de menos. Y no podemos dejar de admirar el fervor apostólico con que dice y siente sus verdades, profundas y claras como un salmo bíblico.

Waldo Frank nos anuncia el advenimiento del hombre americano, tan ricamente dotado de reservas espirituales y tan conciente de su destino que la América que todos esperamos nacerá como fruto de su entraña, como síntesis total de su deseo, de su sensibilidad y de su cerebro. En la severa confesión espiritualista que esto significa, América será obra del hombre-tipo que recorra sus llanuras y habite sus ciudades. De donde se sigue que la acción americanista debe tender al logro del individuo ideal en el que se halle potencialmente la suerte del todo. "Reformemos al hombre y él se encargará de reformar su mundo", parece ser, en el rigor de una posición filosófica, la postura del ilustre publicista del Norte.

En la extrema insistencia con que afirma este postulado vemos nosotros su único defecto. En su afán por predicarlo con amor y leal vehemencia se olvida de encarar los otros aspectos del problema, aquellos precisamente que son para Latino-América los más importantes. Incorre así en el arrebato común a todos los espiritualistas, es decir el de confiar demasiado en las fuerzas del espíritu, que desgraciadamente se mueven en un mundo material que las ahoga y enflaquece. El lo sabe también, cuando abomina del capitalismo, organización mecánica de los malos deseos de Calibán. Pero espera más de lo prudente de la débil entereza del espíritu humano para derribar con su soplo la monstruosa arquitectura de la sociedad en que nos movemos. En esa su confianza mística pierde la noción urgente de los problemas que se yerguen en la realidad de nuestro mundo. Encara, por ejemplo, nuestras relaciones económicas con su país, como un proceso en el que todos tenemos parte de culpa, pero no nos dice cómo habremos de defendernos de la invasión que los lanqueros de su patria realizan contra la soberanía y el porvenir económico de las naciones de la América meridional.

Es muy fácil decir que Nicaragua tiene parte de culpa en que los hombres de Washington la suzuzgen, puesto que el individuo nicaragüense no es espiritual y sustancialmente distinto al individuo yanquee que lo esclaviza. Pero hemos de esperar que los hombres de Nicaragua alcancen el ideal cultural y ético en que Frank y todos soñamos para gritar nuestra protesta contra el atropello y cooperar en la defensa de la autonomía de los pueblos de nuestra América?

No; todos estamos de acuerdo en que de nada servirá liberar América de sus amos, si al mismo tiempo no nos preparamos para usar de esa libertad en la creación de un mundo sustancialmente diverso, en que todos los hombres se unan en espíritu tanto como ahora los divide su sensualismo. Pero sabemos también que será vana toda tarea en este sentido si paralelamente no coordinamos la acción en la lucha real y efectiva contra todas las formas de opresión que esclavizan materialmente al hombre. Y como es este aspecto el que más inmediatamente hiere nuestros sentimientos de justicia, es lógico que querramos ver junto a nosotros a todos los que como Waldo Frank añentan un sincero deseo de cooperar en la empresa.

Entendemos que no se puede prescindir de la consideración del problema económico, de la crítica del imperialismo, del análisis científico de la penetración y absorción del capitalismo yanqui en América Latina. Como no se puede prescindir tampoco de adoptar una posición cierta en el debate de los problemas político-sociales que atañen a la existencia de cada uno de nuestros pueblos y a todos en general. América reclama la acción de todos sus hijos honestos en la resolución de todas esas cuestiones. Si queremos asistir algún día a la liberación espiritual de nuestro continente debemos unir los hombros para derribar las trabas ancestrales que lo sujetan. Cuando el hombre de América se pueda mover con amplitud atlética en un horizonte abierto por sus cuatro costados, recién entonces podrá ser el hombre-ideal que Frank nos promete. Será hijo de sí mismo como él lo quiere, pero le habremos desbrozado la senda, y disipado en ella los malos vientos. Así será más fácil que logre su plenitud profética.

PALABRAS PREVIAS

Próximamente aparecerá un libro titulado "El Imperialismo Yanqui y la Unión Latino Americana", que contendrá una recopilación de documentos de esta institución, así como de la acción personal de su presidente, doctor Alfredo L. Palacios.

Este libro, que sin duda significará una útil contribución a la campaña antiimperialista, llevará a manera de prólogo, el siguiente artículo de nuestro compañero Manuel A. Seoane, secretario general de la institución.

Al reunir en un volumen todos los antecedentes y documentos que se refieren a la acción de la Unión Latino Americana frente al imperialismo yanqui, no se incurre en la común y culpable manía de catalogar papeles apolillados. Se trata, en realidad, de presentar en un haz, coherente y macizo, las continuas actitudes ideológicas de una generación gravemente responsable.

Porque la Unión Latino Americana, desde la hora profética en que le diera vida José Ingenieros, allá por 1922, ha sido el núcleo motor del movimiento cada vez más generalizado y consciente del sector de intelectuales que, divorciados de los intereses del capitalismo dominante, lucha por la formación de una sociedad libre de todo imperialismo y basada en la justicia.

La lectura de estas páginas permitirá al observador atento presenciar el desarrollo de dos movimientos paralelos, condicionados el uno por el otro: la marcha progresiva del imperialismo y la formación de una conciencia anti-imperialista, cada vez más firme y comprensiva de la realidad.

El proceso primero, históricamente el más importante, minuciosamente certificado por las declaraciones de la Unión Latino Americana, ilumina la transformación fatal y permanente que sufren las fuerzas expansivas del capitalismo de la Unión, al rebalsar los límites nacionales, impelidas por la concentración y saturación internas. Ya es el capital industrial buscando plazas para los productos manufacturados; ya el capital financiero deseara de inversiones, empréstitos o concesiones más productivas que las que ofrece el abarrotado mercado interior; ya el capitalismo trustificado en su ansia de dominar las materias primas fundamentales: petróleo, azúcar, café, cobre, salitre, etc.; ya, finalmente, el simple cálculo estratégico de los silenciosos ingenieros que preparan un colosal imperio político con vistas a la hegemonía universal. Todos estos factores de expansión, latentes en horas lejanas, han cobrado un vigor creciente que se ha convertido, a la postre, en necesidad biológica de ensanchamiento. El determinismo que rige al mundo capitalista, encadenando fatalmente la sucesión de etapas económicas, es, en verdad, el que empuja a los Estados Unidos en su despiadada política imperial. Para contenerlos son débiles frenos, y además escasos, todos los ingeniosos ensayos de fraternidad continental, pacifismo puritano, discurso diplomático y demás argucias, fingidas o no, con las que se intenta disfrazar la verdadera naturaleza del problema. El capitalismo yanqui — y este es el proceso que puede comprobarse en las páginas que siguen — va desembarazándose velozmente de todo tapujo que estorbe el rápido alcance de sus fines de subyugación. Es decir, se hace cada vez más brutal. Así vemos la prontitud con que culmina el período del "imperialismo sin dolor" y la sangrante frecuencia con que sus tropas de desembarco intervienen en las "libres" repúblicas de América Latina.

Vamos ahora el segundo proceso, o sea el de la correspondiente defensa